

En *Historias del Kronen*, los jóvenes protagonistas carecen de ideales por los que luchar. Franco ya murió, y la transición se ha hecho sin ellos. Tal vez pueda leerse en *Historias del Kronen* el retrato, apenas esbozado, de otra generación, la de sus padres, que sufrió la dictadura política y se venga indirectamente, a través de sus hijos, de lo que no pudo llegar a vivir. Su extrema permisividad parece en esta novela una forma de abandono.

1 Retrato de una generación vacía

En *Historias del Kronen* pueden rastrearse las tres formas de ausencia definidas por Gilles Lipovetski : desinversión, desterritorialización y desubstancialización.

Comme l'espace public se vide émotionnellement par l'excès d'informations, de sollicitations et d'animations, le Moi perd ses repères, son unité, par excès d'attention : le Moi est devenu un ensemble flou. Partout c'est la disparition du réel lourd, c'est la *désubstantialisation*, ultime figure de la déterritorialisation¹.

Los lazos de Carlos, el personaje principal, con el mundo exterior, se tejen esencialmente a través del teléfono. Como la televisión, el teléfono permite experimentar un equívoco sentimiento de ubicuidad. Incluso estando en su casa, puede decirse que Carlos no está. Vive en ninguna parte. Frente a él, sólo parece haber un desierto. El vacío interior, el repliegue sobre sí mismo, desempeñan un papel fundamental. Carlos se niega incluso a viajar : no experimenta la menor curiosidad por su entorno. Está emocionalmente vacío, es indiferente al mundo, parece flotar ingrávido. Su vida carece de meta, sus estudios no le interesan, no se plantea en ningún momento la posibilidad de trabajar algún día. Esta situación se origina por la existencia (mejor dicho, la inexistencia) de una realidad deshabitada, anémica o exangüe.

Para el protagonista, la música parece desempeñar exclusivamente la función de desmaterializar el mundo. Suele llevar auriculares que lo aíslan de los demás. Como a sus

¹ Gilles Lipovetsky, *L'Ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, Paris, Gallimard, 1983, p. 80.

amigos, a Carlos le gustan los conciertos ; pero no consigue nunca escuchar nada : hay demasiado ruido. Lo único que pretenden todos, en el fondo, es desapegarse de sí mismos. La música es para ellos como una droga que les permite olvidarse de lo exterior. Los cascos son una suerte de prótesis para romper su conexión con el mundo.

Puesto que están a la última, la droga acaba por perder toda función subversiva. Basta con tener dinero para conseguir cualquiera. Drogarse no es pues un acto de rebelión contra la sociedad. Se trata simplemente de ahuyentar el aburrimiento de unas vacaciones demasiado largas.

Al final de cada capítulo, el protagonista está tan colocado que no se da cuenta de lo que está haciendo, y ha perdido ya la memoria de lo que hizo. El tiempo ha perdido su duración, pasa sin dejar huella. Flota como Carlos mismo. Y puesto que además el lazo entre las generaciones se ha roto, los apegos (buenos o malos) no pueden existir. Al no tener cabida los afectos, el tiempo deja de existir. No hay pasado, ni tampoco futuro. Carlos y sus amigos son incapaces de proyectarse en el tiempo. De ahí que floten en el vacío y que carezcan totalmente de sustancia.

Vivre au présent, rien qu'au présent et non plus en fonction du passé et du futur, c'est cette « perte du sens de la continuité historique », cette érosion du sentiment d'appartenance à une « succession de générations enracinées dans le passé et se prolongeant dans le futur »².

Carlos no tiene lugar propio, vive aventuras en coches prestados, y a la hora que cierran los bares se encuentra de patitas en la calle. La ausencia de localización produce cuerpos ausentes, lelos, embrutecidos. Lo único que tiene Carlos es su pandilla. Y en la pandilla todos juegan a agredirse unos a otros. La palabra más empleada por estos jóvenes es « nada ». Abundan todas las otras formas de la negación para dar cuenta de un vacío en el que cualquier acción se vuelve difícil de realizar. Todo parece resbalar sobre estos jóvenes. Los personajes repiten siempre las mismas palabras. Los insultos proferidos contra ausentes y presentes no son sino una tentativa para llenar ese vacío. Así es como Roberto analiza la pandilla :

Con ellos no se habla nunca. Cuando salimos, contamos chistes, decimos tonterías, burradas, hablamos de tías –eso siempre– pero nunca hablamos de nosotros. No sé.

² *Ibid.*, p. 73.

Llevamos toda la puta vida juntos, desde el colegio, y es como si no nos conociéramos en absoluto. No nos contamos nunca nada. No comunicamos...³

Estos jóvenes no expresan sentimiento u opinión alguna, tal vez porque carecen de ellos. Están físicamente sordos y son incapaces de prestar oídos al mundo que les circunda. Sin lenguaje, no hay pensamiento. Sus mentes parecen haberse ausentado. *Historias del Kronen* narra esa destrucción de la conciencia.

Las palabrotas sirven para desvalorizar aquello de lo que se habla. Por ello suelen tener una función catártica : purgan las emociones, despojan a Carlos y a sus amigos de cualquier tipo de afecto. Ofender al otro con palabras puede funcionar como una manera de purgación. Sin embargo, en esta novela la repetición anula cualquier tipo de catarsis, y desustancializa, en vez de endurecer. Estos jóvenes ni siquiera consiguen expresar desprecio con sus palabras gruesas. Expresiones como « puta », « cerda », « culo », repetidas cada dos frases, acaban vaciándose de cualquier contenido, pierden su sentido. Se convierten casi en muletillas. « Puta » se convierte en adjetivo multiusos, capaz de calificar cualquier objeto. « Cerda » designa a cualquier mujer. « Culo » acaba refiriéndose al cuerpo entero, e incluso a la persona. Estas tres palabras parecen resumir el vocabulario de estos jóvenes, que las aplican a todo. El lenguaje ha perdido cualquier capacidad expresiva. En realidad, las palabras han perdido su sentido, el lenguaje se ha vuelto automático, mecánico, repetitivo. Las palabras no significan. La repetición forja una suerte de vacío, labra la nada. Las mentes están vacías. El ser ha desaparecido, se ha abismado.

Carlos vive en un solitario mundo imaginado y se niega a codearse con los demás. Su violencia sorprende porque aparentemente carece de motivos. Carlos mata « por nada », para « hacer algo ». Quiere hacer daño porque piensa que es lo que los demás esperan de él. Es la única salida posible. Durante sus largas vacaciones, la única ocupación que tiene es matar el tiempo. Para él, se trata simplemente de sentirse existir. Si agrede a los demás físicamente, es para aferrarse a un poco de ser, un poco de tiempo vivo, un poco de materia. Para cerciorarse de su existencia. Y sin embargo, no lo consigue. *Historias del Kronen* narra este fracaso vital. Es el vacío de la vida de Carlos lo que le lleva a matar, pero el asesinato no cambia su vida, las cosas siguen igual. Ser plenamente monstruoso es una tentativa para llegar a ser reconocido. Y sólo halla indiferencia. Los otros se comportan como si nada hubiera pasado.

³ José Ángel Mañas, *Historias del Kronen*, Barcelona, Destino, 1994, p. 233.

Niegan su acto, como niegan su existencia. Carlos ha fracasado dos veces ; su tentativa sólo le ofrece la prueba de su inexistencia.

Mientras que sus compañeros no transpasan la frontera de la violencia verbal, Carlos lleva su tarea de destrucción hasta las últimas consecuencias. Como la diferencia entre él y sus amigos es bastante leve, uno puede preguntarse, tarde o temprano, si alguno de los otros muchachos no va a llegar hasta el asesinato. Pasar al otro lado parece fácil ; la frontera entre un criminal y un muchacho vulgar y corriente, muy tenue. En realidad todo empieza por la violencia contra uno mismo, contra el propio cuerpo, cuyo control se va perdiendo, poco a poco.

El acto sexual es acto ejemplar entre todos los actos, ya que ejemplifica la relación con el otro. En el primer capítulo, la pandilla de Carlos, al tener que renunciar, falta de recursos económicos, a pagar a un transexual por una felación, se conforma con insultar a las prostitutas. Hay en ellos una homosexualidad latente. Son sus problemas de narcisismo lo que les lleva a tratar a las mujeres de semejante manera. Los transexuales los fascinan. Las mujeres, sólo son « las cerdas ». La voluntad de poder de Carlos se expresa a través de la impotencia de los demás. De ahí que la violación sea algo que lo fascine. Cualquier tipo de valor es denegado al otro. De ahí también, sin duda, su fascinación por la defecación, o el placer que experimenta al contemplar sus excrementos. Estos últimos simbolizan la ausencia de valor atribuido al cuerpo.

Una sociedad sin leyes morales hunde a los hombres en la locura. Es por ello por lo que Carlos se transforma en monstruo. No experimenta sentimiento alguno. Carece de reacciones naturales. No experimenta alegría, ni tristeza, ni miedo. Ignora el sentido de la compasión, y actúa como un psicópata. De hecho, el psicópata es alguien incapaz de mantener relaciones de confianza y de intimidad con otro ser. Roberto, que intentó ser su amigo, analiza así su comportamiento : « Nos veía a todos como si fuéramos personajes de una película, de su película. Pero él era como si no estuviera ahí. No le gustaba vincularse afectivamente...»⁴

La normalidad de Carlos es sólo aparente. Está atiborrado de drogas. En repetidas ocasiones llega al borde del fallo cardíaco. Sin embargo, su familia, pese a almorzar con él todos los días, no se da cuenta de nada. Si los demás no se dan cuenta de nada, es que Carlos es normal, o que se parece a los demás. Haga lo que haga, su familia no lo ve. Y Carlos piensa que no existe. Sin duda, matar le pareció la mejor solución para llamar la atención de los demás y cerciorarse de su propia existencia. Cuando acaba la novela, está de vacaciones en el

⁴ *Ibíd.*, p. 237.

chalé familiar, a orillas del mar. Nada ha cambiado. Uno se pregunta si matar le gustó, si volverá a hacerlo, o si se da por vencido en una sociedad que niega su existencia.

2 Sátiras sociales

Historias del Kronen es una novela coral que nos presenta las diferentes edades de una sociedad. Están los abuelos que siguen hablando de la guerra civil (siempre con las mismas palabras). Están los padres, siempre ocupados y generosos con sus hijos (tal vez sea ésa una forma de sadismo pasivo). Están los jóvenes, embrutecidos por las drogas y el alcohol, cuya vida pende de un hilo.

2.1 Una sátira de la familia

Carlos tiene siempre los ojos enrojecidos y su madre (que no puede negarse a verlo) le pregunta si ha llorado. La madre, tan presurosa y atenta a la hora de prepararle el equipaje, se niega a ver la realidad del estado de su hijo. Tal vez porque no sabe qué hacer. El silencio de sus padres refuerza la soledad de Carlos, volviéndole cada vez más irresponsable. Para que sus hijos sean felices, los padres se preocupan por ganar mucho dinero. Ser un buen padre consiste en dar dinero. Cuando llega el cumpleaños del padre, todos van al mismo restaurante de siempre, comen lo mismo, cruzan las mismas palabras. Todo está fijado, incluso los diálogos. Son automatismos ; tal vez por ello Carlos no consiga escribirle una dedicatoria al padre en el libro regalado por su hermana. No sabe qué ponerle. Parece que nadie le ha enseñado el uso que se puede hacer de las palabras.

La incapacidad de Carlos para dar forma y sentido a su vida viene sin duda de la falta de coherencia de su célula familiar. La madre está siempre trabajando, el padre, cuando está en casa, sólo duerme la siesta. La televisión está siempre encendida a la hora de la comida. *Historias del Kronen* refleja esta transformación de la familia española tradicional. La permisividad de la educación –Carlos no tiene deberes, ni obligaciones, ni límites– le impulsa a buscarse experiencias peligrosas. Los padres se niegan a asumir la función paterna y este vacío crea una frustración difícil de percibir. Carlos quiere vengarse de algo que le falta y no consigue nombrar. Al darlo todo a sus hijos, sin ponerles ningún límite, los padres de Carlos les privan de existencia. Carlos tiene el papel estereotipado de « niño mimado », papel que le fue atribuido por sus padres, quienes se atribuyeron a sí mismos el de « padres generosos ». Carlos no ha tenido elección en la atribución de roles. La violencia familiar, por muy sutil que

sea, no carece de realidad. A esta violencia interiorizada se añaden las imágenes de la violencia exterior. Cuando come, la familia de Carlos deja siempre encendida la televisión, que difunde imágenes del genocidio en Yugoslavia. Esa es la imagen del mundo que ofrecen a sus hijos. Una violencia lejana, que parece no tener relación con la violencia casera. La barbarie parece haberse quedado en las fronteras de Europa. Se puede decir que hay una forma de violencia contra Carlos, pero es tan sutil que ni él mismo llega a advertirla conscientemente.

2.2 Una sociedad de consumo frenético

Estos jóvenes no son otra cosa que consumidores. Su única satisfacción la encuentran en cosas materiales, y compran frenéticamente ; pero eso no les basta. Los padres de Carlos poseen casa con piscina, interna, chalé de vacaciones... A Carlos nunca le faltó nada, no sabe lo que es una carencia, y fueron sus padres quienes se lo brindaron todo, quienes nada le negaron. ¿ Y qué queda por desear, cuando todo ya se tiene ? El consumo se vuelve una nueva religión, pues no hay ninguna otra forma de trascendencia, y estos jóvenes, ya con mucho, quieren todavía mucho más, tal vez sólo por la esperanza de poder llenar su vacío emocional. Carlos necesita más drogas, más Jotabé, más dinero para ir al concierto... Pero la cantidad (siempre creciente) no le procura satisfacción alguna.

El deseo sexual forma también parte de las expansivas exigencias de Carlos. De « las cerdas » (todas lo son), sólo importa la apariencia. La « cerda » es un objeto (ni siquiera un animal) cuyo único sentido es desempeñar una función sexual. Cuando una mujer se le niega, Carlos se va. Debe notarse también que ninguna de sus relaciones sexuales parece brindarle una satisfacción real. Las descripciones que nos ofrece el narrador tienen un relieve pornográfico. No hay emoción alguna. Parece que Carlos procura imitar las películas pornográficas que tanto le gustan. Incluso el placer parece impostado, fingido. Los tabúes han dejado de existir. En una de las últimas escenas, Carlos sodomiza a Roberto mientras ambos contemplan el acoplamiento de otra pareja. No hay ningún afecto. En un contexto en el que la represión (no del sexo sino de los sentimientos) es absoluta, los personajes no hacen ya el amor : fornican en total indiferencia.

2.3 Uniformización

Desde la primera línea, el lector se encuentra *in media res*. Contempla el mundo con los ojos de un personaje (Carlos) de quien nada sabe. Le cuesta distinguir unos personajes de otros. Y es que todos se parecen mucho, en la mirada de Carlos. Todos ya tienen cuanto puedan desear. Todos acaban en la obligación de buscarse nuevos deseos por satisfacer. Todos están obsesionados por el sexo, las drogas y la violencia. Nada bueno parece poder salir de ellos. El retrato de la sociedad que componen es muy pesimista. El grupo, superficial y vano, exige de sus miembros que adopten una pose en la que sentimientos y autenticidad han desaparecido. Si todos se parecen, es porque su único afán es parecerse unos a otros. Resulta peligroso ser distinto a los demás. La voluntad de obedecer a las normas sociales va a deshumanizarlos, a destruir en ellos cualquier asomo de sinceridad o de profundidad. La individualidad y la originalidad son rechazadas con violencia. Paradoja de una sociedad aparentemente permisiva, tras el franquismo se instala en realidad, de forma sutil, una nueva forma de dictadura. Es por eso por lo que Carlos pasa de una persona a otra con tanta facilidad, con tanta liviandad. Sin diferencia, los seres son sustituibles unos por otros. De alguna forma, Carlos es víctima del anonimato de la sociedad en la que vive, y matar representa para él una forma de autodestrucción. Lo que sorprende realmente no es el asesinato propiamente dicho, sino el que después del crimen las cosas sigan como si tal cosa, como si no hubiera pasado nada. Nadie se preocupa realmente por el joven muerto, como si su deceso no alterase nada. La vida sigue indiferente, como si nunca hubiera existido. La vida o la muerte ajenas no parece preocupar mucho a los caracteres, demasiado preocupados por sí mismos como para ver al otro, para de verdad tomar en cuenta su desaparición, o su existencia.

La vida de Carlos se caracteriza por su repetitividad. El asesinato es una tentativa para salir de la repetición, y escapar a un mundo diferente. Una tentativa de alteración de un orden que no puede ser alterado. No hay salida de este mundo insensible, como de muertos vivientes. Los personajes de *Historias del Kronen* son robots programados para repetir eternamente lo mismo, incapaces de experimentar sentimientos propios, incapaces de amar, deshumanizados, ajenos a sí mismos. Parece que el autor quisiera demostrar que la extrema permisividad de la sociedad moderna destruye lo humano.

3 Escribir el vacío : lenguaje coloquial y tiempos verbales

Mañas encontró un lenguaje apropiado para la difícil tarea de describir este mundo recurriendo a coloquialismos y a una utilización particular de los tiempos verbales. Me parece que en la novela, la adecuación de fondo y forma está particularmente lograda.

Historias del Kronen se compone de diálogos y de la narración propiamente dicha. En ambos casos, el narrador se vale del presente pero en dos sentidos diferentes. Mientras que en los diálogos se trata del presente inmediato de la palabra hablada, en la narración el uso del presente procura la impresión de que nos encontramos frente a un catálogo de acontecimientos que carece de temporalidad interior. Los acontecimientos se siguen los unos a los otros como las perlas de un collar. Nada hay destacable. Los eventos sin cesar se acumulan con idéntico sentido : un regalo al padre tiene la misma importancia que sentarse a aliviar necesidades. Consecuentemente, las estructuras sintácticas son elementales, y las frases están constituidas por elementos yuxtapuestos. Conducir, vomitar, sentarse : todo da igual. Los actos del personaje van amontonándose hasta conformar, al cierre de cada capítulo, el final de un día que recomenzará de forma idéntica a la mañana siguiente. El presente es a la vez líquido y permanente. Fluye sin dejar huella. No hay en él nada sólido. Ese presente representa la dilución de la conciencia del personaje. Existir supone ser capaz de ensanchar el presente para habitarlo como sujeto. Para ello es preciso usar tiempos como el imperfecto, que posee el espesor necesario. Como en *Historias del Kronen* no hay sujeto psicológico, no puede haber tiempo imperfecto. El presente de la narración es perfectamente atemporal, no representa ningún tiempo. Lo que sucede es una eternidad huidiza, un presente inasible. La conciencia de Carlos (líquida y diluida) no puede tener otro, en la medida en que el sujeto está completamente disuelto.

En cuanto al lenguaje coloquial, puede decirse que se caracteriza por el uso de un argot muy peculiar. Cuando hay estructuras sociales, el argot tiene un sentido : es un léxico doble que sirve para protegerse contra ellas (la policía, el gobierno...). Pero en cuanto desaparecen las reglas, el argot deja de tenerlo. Sirve para indicar que uno pertenece a un grupo, el de los jóvenes. Pero este grupo no es un grupo verdadero ya que carece de las reglas que suelen estructurarlos. El argot de *Historias del Kronen* es pobre. Hay pocas palabras, y se usan siempre las mismas, a veces con sentidos diferentes. La polisemia desemboca en una a-semia puesto que por la acumulación de significados simultáneos, las palabras acaban por no significar ya nada. La falta de sentido de las palabras refleja la ausencia de pensamiento.

Lugares comunes, tópicos y frases insípidas reflejan la ausencia de sentido del mundo. Todos los capítulos empiezan por la misma frase, en boca de una criada filipina : « Carlos, teléfono ». De esta mujer no sabremos nada ; tampoco Carlos. Es sólo una voz que lo

despierta, como lo haría un despertador, de forma mecánica y repetitiva. Esta mujer es sin embargo la presencia más firme en la casa y la vida de Carlos, el único ser que consiga hacerle reaccionar –aunque sólo sea sacándolo de la cama.

Otra frase que vuelve, en boca de los otros miembros de la pandilla : « ¿ qué pasa chavales ? » La pregunta se repite de manera obsesiva, y nadie nunca contesta. Es una forma de saludo, una contraseña. La ironía radica en el hecho de que no pasa nada aunque pasen muchas cosas ; nada que sea relevante o capaz de conmoverlos.

Es la primera frase de *Historias del Kronen* la que nos da la clave de su lenguaje : « Me jode ir al Kronen los sábados por la tarde porque está siempre hasta el culo de gente. No hay ni una puta mesa libre ». « Joder », « culo », « puta » : estas tres palabras ciernen al protagonista. Son las únicas que conoce. Sus pensamientos no irán nunca más allá de ellas.

4 Conclusión : el problema de la recepción

Historias del Kronen es una novela controvertida. Su ambigüedad viene del tono frío del narrador, que puede ser confundido con la voz del autor. Este último me comentó una agresión verbal de la que había sido objeto cuando se publicó su novela. Lo que incomoda al lector es tal vez que se encuentra colocado en la posición de un mirón. El lector adopta la mirada de Carlos. Y como Carlos es incapaz de representarse el mundo, sólo puede ofrecer al lector briznas (vergonzosas) de sí. No hay mensaje porque no hay síntesis posible. Más que de palabras, el mundo de *Historias del Kronen* está hecho de imágenes demasiado conocidas.

Lo realmente espeluznante en esta novela es posiblemente que el mundo descrito nos recuerde nuestro propio mundo : personajes vacíos, violentos y autodestructores, en una España, la de los años 90, que suele describirse como un modelo de tolerancia y de bienestar para toda Europa. Mañas nos muestra su reverso.